



Dioses lejanos

Mischa Berlinski
Traducción de Juanjo Estrella
Alfaguara. Madrid, 2008
400 páginas. 20 euros

NARRATIVA. *DIOSES LEJANOS* tiene apariencia de *docunovela*, lo que algunos llaman novela de no ficción. También es fácil leerla como un reportaje dado que su protagonista se llama Mischa Berlinski y comparte otros datos biográficos con el autor. Sólo al final sabremos cuánto hay de real y de inventado. Berlinski, un expatriado que da clases en el norte de Tailandia y ejerce de periodista *freelance*, se entera de una historia terrible: una occidental se ha suicidado en un presidio cercano. Un acto hasta comprensible. Conviene saber que las mujeres encerradas en Tailandia son sometidas a humillaciones sistemáticas: se les rapa el pelo, deben caminar de rodillas cuando alguien viene a visitarlas. Pero algo chirría: Martiya, la presa, no usó su condición de foránea para mejorar su situación o recortar su castigo. Intrigado, el narrador va retrocediendo en su misterio: contacta con los que amaron a la suicida, brillante antropóloga que estudiaba una tribu local, los dyalo. Fue condenada a cincuenta años por matar a David Walker, un misionero estadounidense; el investigador también trata a la poderosa familia del muerto, que lleva tres generaciones evangelizando por China, Tíbet, Birmania y Tailandia.

Dioses lejanos se titula en inglés *Field work* (trabajo de campo). En el Triángulo Dorado chocan dos concepciones del otro, el primitivo. Están los incansables misioneros, personas admirables para Berlinski, a pesar de que introducen un protestantismo implacable; en el rincón opuesto, los antropólogos, que se pretenden meros observadores y que suelen funcionar como turistas académicos. Entre medias, una gente supuestamente atrasada pero con una cosmovisión animista y muy compleja, tanto que renuncian a ella por el sencillo dogma cristiano. Berlinski no se conforma con los estereotipos. La antropóloga era políticamente conservadora, simpatizante de Nixon durante sus tiempos universitarios, mientras que su víctima tuvo una temporada porrera, cuando seguía a Grateful Dead por Estados Unidos. La competencia de Martiya y David por las almas de los dyalo será fatal para ambos. Berlinski nos trae noticias de ese campo de batalla espiritual y, de paso, retrata a los occidentales que se quedan colgados en Tailandia, un país superficialmente acogedor, donde el sexo es barato, el opio se consume con discreción y la comida resulta apetitosa. Pero *Dioses lejanos* trasciende la literatura de mochileros: estos extraños no encontrarán el paraíso ni se beneficiarán de sus experiencias. **Diego A. Manrique**

Te echo de menos

Inês Pedrosa
Traducción de Roser Vilagrassa
Elipsis. Barcelona, 2008
245 páginas. 18 euros

NARRATIVA. Seis años después de que la escritora portuguesa Inês Pedrosa (1962) publicase su último libro en España (*En tus manos*, de 2002, al que precedió *La instrucción de los amantes*, de 2001, ambos en Destino), regresa con *Te echo de menos*, su tercera novela. Pedrosa, perteneciente a una generación de autores crecida entre los relatos de las

guerras coloniales y sus resquicios neorealistas, ha asumido —probablemente como reacción a ello— una visión de la novela como campo de experimentación en el que hay espacio —sin excesos— para abordar diferentes géneros narrativos. Si en *En tus manos* convivían el diario, el álbum fotográfico y el apunte epistolar, en *Te echo de menos* también encontramos una estructura sorprendente en su extrema simplicidad: 50 fragmentos duplicados, con diferente tipografía, puestos en boca de cada uno de los dos personajes principales: una mujer joven e idealista y un hombre mayor y cínico, que recorren los recuerdos de su amistad. Una estructura dual en la que se suceden los monólogos tras la muerte de ella, creando algo así como un diálogo espectral en el que todo se produce en el terreno más fértil: el de la memoria. Inês

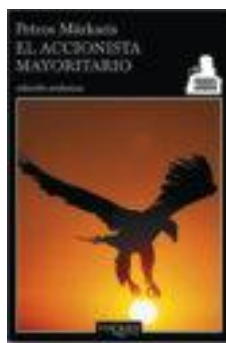


Pedrosa construye, así, una novela que son dos en realidad, por medio de esta estructura en forma de trenza que se teje y se desteje, y lo hace con un estilo delicado y transparente, rondando siempre el campo de lo lírico pero sin demasiadas concesiones. Una obra para amantes de la introspección y de la novela como fórmula de conocimiento de sentimientos y emociones, que habla de la amistad (jugando con la frontera del amor) y de la muerte para acabar, casi siempre, haciéndolo de la identidad. Un espejo y un díptico al mismo tiempo. **Antonio Sáez Delgado**

El accionista mayoritario

Petros Márkaris
Traducción de Joaquim Gestí y Montserrat Franquesa
Tusquets Editores. Barcelona, 2008
370 páginas. 20 euros

NARRATIVA. EL TERRORISMO Y EL ASESINATO en serie se entremezclan en *El accionista mayoritario*, la última pesquisa del comisario Jaritos, y se mezclan desde dentro, porque el peculiar jefe de homicidios es a un tiempo víctima —o pariente de víctima, y no puedo contar más— e investigador de los hechos. Eso le permite a Petros Márkaris matizar de manera



exquisita un abanico de sentimientos y de conductas que van desde el miedo —santo dios, una hija— a la cuestión de Estado, y que modelan las decisiones y los medios de intervención, y las acciones y su comunicación a la opinión pública. Una opinión pública que Márkaris conoce muy bien —como guionista de televisión y cine que es—, que ahora está en el punto de mira del crimen, y a cuyos protagonistas se les suponen, además de los distintos intereses, las mismas escalas de razones y sentires. Más una: adelantar la noticia.

Esta última novela de Márkaris es una de las más complejas entre las suyas, y

ninguna es simple. Kostas Jaritos está viviendo una semana de enorme estrés, con la pirámide burocrática, del ministro del Interior al jefe superior de policía, más encima que nunca, y con sus criterios y su independencia puestos a prueba como jamás antes. La cotidianidad está rota como no lo ha estado en otras ocasiones, y Adrián, su esposa gruñona, adquiere esta vez niveles de ternura avalados por el sufrimiento. Y de inteligencia. Esto de que sufrir une, que seguramente es verdad, y que le hace a uno ver lo que quizá otras veces se escapa. Adrián crece esta vez, fuera de los tomates rellenos. Y crece también Zisis, ese personaje lateral que apareció desde la primera de la serie Jaritos, y que es el viejo comunista que fuera torturado ante los ojos de un jovencísimo Kostas y que, en cambio, lo considera su amigo. La memoria y la función de la historia, que no pueden desaparecer de las novelas de Márkaris.

Como no puede desaparecer el plano de Atenas, esa Atenas ruidosa y en crecimiento europeo, llena de obras y bocinazos, de emigrantes y de turistas, cuyo mapa minucioso va describiendo el comisario desde su Mirafiori antediluviano. Un mapa sentimental, que da cuenta de lo que ya no hay y de la furia de algunas cosas que sí hay, pero que hace un juicio político distante y obstinado. Como no puede ser de otra manera, Petros Márkaris —que forma la trinidad santa de la novela criminal mediterránea con Vázquez Montalbán y Andrea Camilleri— levanta sobre ese mapa la radiografía política y social de la sociedad griega. Si en otras historias se hablaba de las mafias del ladrillo —que también las hay en Grecia— o de la inmigración ilegal, esta vez le toca a los medios de comunicación, las agencias publicitarias, las empresas periodísticas. Y no es difícil leer, a su través, el entramado ético y la exigencia crítica de un autor que no ha querido renunciar a la intervención moral, sin moralinas pero con esqueleto. Y que, además, es divertido. Muy divertido. **Rosa Pereda**



Luz sobre un friso

Julia Uceda
Menoscuarto. Palencia, 2008
152 páginas. 13 euros

NARRATIVA. AUNQUE AUTORA de numerosos libros de poemas, sólo recientemente ha conseguido Julia Uceda (Sevilla, 1925) el reconocimiento a su obra lírica, con la obtención del Premio Nacional de Poesía 2003 (*En el viento, hacia el mar*) y el de la Crítica 2006 (*Zona desconocida*). Así las cosas, acaba de pasarse a la narrativa con *Luz sobre un friso*: una revelación literaria, dicho sea sin hipérbole. De los cinco relatos que componen el volumen, los dos primeros ('Rebelde' y 'El silencio') están organizados como una serie de asedios retrospectivos a la fuente de la infancia, mediante la corriente de conciencia. El tema de la demencia favorece la mezcla de realismo consuetudinario e imágenes alucinatorias. También en 'Un documento' se producen esos asaltos al pasado, ahora con mayor morosidad, a través de una anécdota cuya banalidad aparente oculta una decisión definitiva. Da su título al libro una novela corta que participa de los motivos costumbristas de hace un siglo (tres viejas solteronas con criada, el cura de las tertulias y el tamo en las almas) y termina escapando de lo espera-

ble por las elipsis del discurso. Son vidas que arrastran un fracaso y una culpa soterrada que ocasionalmente emergen a la superficie. Todo lo cual queda fijado en una estampa gloriosa: la clausura del día cuando, una por una, las tres vírgenes marchitas se van a la cama desgranando una ristra de gestos simultáneos, acartonados como el caparazón de un erizo muerto. 'Blanco sobre verde' es, con el anterior, el relato más logrado, y, por encima de aquél, el de un lirismo más intenso. Se trata de un melancólico idilio paisajístico cuya condición narrativa, apenas sostenida en la desaparición de un gato albino (blanco sobre el verde del jardín irlandés donde ronroneaba), está surcada por consideraciones acerca de la piedad, el espíritu de las cosas y la desolación, sin contar con las observaciones sorprendentes efectuadas desde el otro lado de la evidencia. **Ángel L. Prieto de Paula**



Pétalos y otras historias incómodas

Guadalupe Nettel
Anagrama. Barcelona, 2008
142 páginas. 13 euros

NARRATIVA. EN ESE MOMENTO RARO de entrar en un libro y prestar atención a la primera página como si ella sola contuviera la clave para desvelar lo que nos espera, ya sea un buen rato, unas horas despachadas sin aliciente o una sorprendente revelación, esta lectora ha de celebrar que en *Pétalos*, el libro de cuentos de Guadalupe Nettel (Ciudad de México, 1973), ya se advertía desde su inicio que la autora siente clara enemistad hacia lo convencional, y no porque en sus historias sucedan hechos extraordinarios sino porque lo que acaece se emite desde lo cotidiano y su extravagancia no es sino una particularidad oculta de los personajes.

La prosa directa y equilibrada de la autora no hace sino conseguir que estos seis cuentos incómodos (algunos más que otros y dos de ellos excelentes, 'Bonsái' y 'Pétalos') infundan en el lector una singular inquietud al saber de los personajes que los habitan, pues inciden en contar del otro que también somos y que ocultamos a los demás. O más bien de ciertas manías, obsesiones y en ocasiones trastornos que padecemos. Ahí está el fotógrafo dedicado a dejar constancia de párpados imperfectos, el hombre tranquilo que se reconoce cactus y se pregunta qué planta será su mujer, o aquel otro que busca pétalos, que no son sino manchas íntimas, orín de mujer en lavabos públicos, o quien irremediablemente chasca sus dedos enamorado como está de la mujer que no puede dejar de arrancarse los cabellos, uno a uno. Son obsesiones que aplastan la independencia del comportamiento y que obtienen la cualidad de invasor pues manejan y mandan en aquellos que las sufren o las disfrutan. Sí, la lectura de *Pétalos* lleva por el camino del desasosiego y del desbarajuste, pues, además, son ellos, los personajes, quienes hacen confidencias a quien lee de su particular extravagancia.

Guadalupe Nettel es autora de *El huésped* (Anagrama) y, como en aquella novela, también aquí el lector permanece alerta, y le persiguen las historias y le atrapan. Así pues, no hay que aplazar ese momento raro de entrar en este libro y prestar atención a la primera página para celebrar esa enemistad de la autora con lo convencional. **María José Obiol**